



PRUDENCIO IGLESIAS HERMIDA

La Última Noche del Pirata Barbarroja

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

PRUDENCIO IGLESIAS HERMIDA

La Última Noche del Pirata Barbarroja

Tremecén, Candia, Castelnuovo. La conquista de Bizerta. Túnez y la Goleta

Arug Barbarroja, hijo de un griego renegado, acababa de nombrarse a sí mismo rey de Argel. Arug era temido, más que por su propia fuerza, por su hermano Karadin, el pirata más temible de todos los que han cruzado la mar.

Carlos V aborrecía a los dos hermanos Barbarrojas, que eran, sin duda, respetados bajo pena de muerte por todos los navegantes del Mediterráneo. Carlos V mandó contra ellos a aquel barón de Comares cuya estirpe dió nombre a una de las torres más bellas de la Alhambra. El barón venció a Arug en la batalla de Tremecén.

Arug, indomable y brutal, se ahorcó de rabia. El hermano Karadin heredó el trono de Argel y el dominio ilegal sobre el Mediterráneo.

En aquellos años del 1500 no había en todo el mundo más que un solo marino capaz de luchar en sabiduría y valor con el pirata del Argel: era el famoso almirante Andrés Doria, que al frente de sus galeras de madera de teca, fabricadas en los astilleros venecianos, atendía las órdenes de Carlos I de España.

Karadin Barbarroja, solo en Argel, aborrecido y temido en el Mediterráneo, tuvo una idea de alta política: envió embajadores a Selim de Turquía. Le dijo:

Hazte amigo mío. Yo, al frente de mis naves, te obedeceré.

El sultán le dió al pirata el mando de todas las naves turcas, y lo envió a la conquista de Túnez.

Túnez, entre el Mediterráneo y la Argelia, edificada muy cerca de la antigua Cartago, cruzada por las montañas del Atlas, cayó en poder de Barbarroja. El famoso pirata se apoderó también de Bizerta, ciudad tunecina donde se crían naranjas tan ricas como las de Valencia.

Antes de que el pirata pudiera empezar a gozar de sus conquistas, el almirante Doria cayó sobre La Goleta, a la entrada de Túnez, se hizo dueño de ella y libertó a 20.000 cautivos.

Barbarroja, desesperado, devastó con sus galeras las costas de Italia, le presentó batalla a Andrés Doria en alta mar, lo derrotó y, como esos toros que salen de las suertes sembrando el temor, tomó por asalto a Castelnuovo y derrotó a los cristianos en Candía.

Bravo y soberbio como un león, estuvo dos días en el mar esperando a los enemigos que Carlos V pudiera enviar contra él. Viendo que aquellos no llegaban, hizo rumbo hacia las costas italianas, en donde sus instintos rapaces de pirata tenían una gran cosa que hacer.

II

Julia Colonna. Por las orillas del Volturno. La Roca Negra. Hacia Turquía.

De Roma a Nápoles hay dos caminos. Uno por la Terracina, y otro por San Germano.

El primero atraviesa los lagos Pontinos, y a la orilla del mar se dirige a morir en Capua.

El segundo atraviesa los Abruzzos y agoniza dulcemente en las orillas del Volturno.

De Terracina a Torre dei Fondi, toda la población está compuesta de honrados y antiguos bandoleros.

Cruzamos ante la roca negra que marcó la frontera del reino de las dos Sicilias. La primera ciudad que encontramos es Fondi, célebre por la belleza de sus mujeres. Allí, en aquel castillo coronado de estatuas, vivió Julia Colonna, la hermosa e inconsolable viuda. Era el año 1534. En la isla de Zerbi tenía su retiro Karadin Barbarroja.

El pirata tuvo noticias del dolor de su vecina, y decidió consolarla. Seguido de sus huestes de corsarios, una noche se apoderó del castillo. Buscó rabiosamente a Julia Colonna. La hermosa viuda, al ver aproximarse las galeras turcas, montó en su yegua blanca; a galope tendido cruzó la aldea de Itri y fué a dormir a Mola di Gaeta. Desde aquí se descubren perfectamente como dos centinelas avanzados la isla de Isehia y la Prócida, que desde hace miles de años guardan la bahía de Nápoles.

Karadin Barbarroja, en una de sus cóleras insensatas, hizo que le prometieran aquella misma noche todas las mujeres jóvenes de la comarca. Ante la hermosura de tantos rostros, preguntó asombrado:

¿Pero es posible que no haya una sola mujer fea en esta tierra.?

Escogió a trescientas mujeres de las más jóvenes, las metió en una galera turca y ordenó hacer rumbo a Constantinopla.

En el camino se encontró de nuevo con la escuadra de Andrés Doria. En plena batalla y viendo el pirata de Argel que sus navíos podrían ser copados, hizo que a la galera «Blanca»

le abrieran cincuenta calas, y se hundió el barco para siempre con las trescientas bellezas italianas. Esto no se olvidará nunca, y en la Roca Negra de Sicilia hay una inscripción funeral, debajo de un esqueleto grabado, que dice: «Infamia eterna a Karadin Barbarroja, el bandido de Argel a quien parió una loba.»

Después de hundir el barco con las trescientas mujeres, Barbarroja apresó una galera cristiana, derrotó a Andrés Doria y, llevando la victoria en sus banderas, se dirigió a Turquía.

III

El fracaso de Andrés Doria, el famoso almirante veneciano.

Carlos V, en su palacio de Valladolid, pateaba furiosamente al saber la derrota del almirante.

Ese imbécil, que no vence a Barbarroja, ¿para qué sirve? decía. Tú, Hernando del Pulgar, vete al puerto donde desembarque Doria y dñle, de parte del emperador, que se haga monje.

Entretanto, el famoso corsario llegaba al Bósforo, dejaba allí sus navíos y metido en una de aquellas carabelas de caoba, que volaban como águilas sobre las olas, volvía de nuevo a Túnez y marchaba rectamente hacia los alrededores de Nápoles.

IV

El cadáver de Julia Colonna. En el país de la luz.

Una mañana, un pobre peregrino, fatigado, llegó a Gaeta. El país de la luz. En ninguna parte del globo es la atmósfera tan diáfana al sol tan puro. No existen los miopes en la Campania. El peregrino tenía la tez tostada y la barba borrascosa. Los ojos echaban lumbre. Pero sus maneras eran tan corteses, que por aquellos caminos de Italia, patina de la cortesía, el caminante era muy agradablemente recibido.

¿De dónde viene, peregrino?

Vengo de Turquía. Escapado de una galera musulmana. Soy un cristiano cautivo de Karadin Barbarroja.

Los ojos se incendiaban y se crispaban los puños ante aquel nombre.

El peregrino miraba a lo lejos y callaba hasta que se deshacía la indignación del campesino de Italia.

Aquel peregrino era el mismo Karadin Barbarroja, que buscaba el castillo de Julia Colonna.

El pirata era invencible en sus pasiones. Había soñado con la belleza otoñal de la célebre italiana, y le palpitaban las sienes al pensar en ella.

Llegaba desde el Bósforo a la Campania. Había desembarcado en el Golfo de Salerno y llevaba unos días andando bajo el dulce sol de Italia. Una noche, a la entrada de Mola, durmió en una torre deshabitada donde cantaba el viento y las lechuzas. Sobre la entrada de la torre leyó a la mañana siguiente una inscripción, que decía: «Tumba de Cicerón.»

Enfrente, el acueducto de Volturno, debajo de cuyos arcos y allá en los grandes tiempos de Roma, el cónsul Mario se entregó un becerro a los partidarios de Sila.

Anocheecía. Las sombras venían del mar. Cantaban las olas a lo lejos, y el pirata peregrino, apoyado en su palo, se detuvo un momento a escuchar la lejana melodía. Mirando el rubí apagado del sol, comenzó a silbar. Silbaba inimitablemente. Dulce como el viento; sutil y lejano como una serpiente india; rápido y amenazador como una bala; triste como un lamento; armonioso como una flauta; lleno de misteriosas melodías y modulaciones y cadencias como el canto de un ruiseñor de Italia.

Era un prodigio. Silbaba genialmente. El mismo se escuchaba emocionado.

De pronto, una nota brillante y sostenida, como un hilo de luz, surgió en competencia con el genial pirata. Era un ruiseñor escapado de alguna selva milagrosa.

Hinchaba el pájaro su garganta, y lanzaba armonías únicas e incomparables. Cantaba sin mirar al pirata, volviendo la cola hacia él. Salían de aquella garganta trinos tan milagrosos, que parecía que aquella caja misteriosa de resonancia iba a estallar. Barbarroja, al escuchar aquella plegaria de oro y de cristal, sentía una extraña ternura en su corazón de tigre. ¡Creía que era imposible llegar a más! Él pájaro no era de esta opinión. Daba un salto en la escala musical., y cantaba con más dulzura y más poesía. Ya el silbido magistral del célebre pirata no podía alcanzar más altas modulaciones. Y el pájaro subía, hinchando la garganta, abriendo imperceptiblemente las alas, elevando graciosamente la cabeza para lanzar una mirada despreciativa, por encima de las plumas de su cola, sobre el soberbio Barbarroja.

Este calló, vencido. El pájaro siguió todavía un instante lanzando modulaciones cristalinas.

Y calló al fin, y sacudiéndose las plumas, voló, con la alegría de un ave recién puesta en libertad.

Barbarroja, encantado de aquel torneo, buscó con la mirada un nuevo rival. El, que había dominado a tantos hombrees y tantas fieras, emperador del mar, gustaba en verse vencido por un pájaro.

Pronto surgió de la enramada un nuevo, adversario.

Un canario holandés, gordo y ordinario como un tenor de ópera, le desafió. No le venció en dulzura; pero apagó su voz con trinos rabiosos y resonantes, que hacían daño en el tímpano...

Un mirlo español no venció a Barbarroja en armonías; pero en la dulzura del puente que tendía de una nota a otra, derrotó al pirata...

El sisonte, que es el mirlo americano, cantó con tanta suavidad como el marino Karadin. Había en las notas del pájaro una encantadora pastosidad, a la que no alcanzaba Barbarroja...

Esta sonata cristalina de los pájaros, daba a aquel lugar el aspecto de una selva encantada. Barbarroja mismo se creía transfigurado en uno de esos mitológicos pastores bordados en los tapices...

Un ruiseñor real hizo enmudecer por completo al músico pirata.

El ruiseñor cantó tan prodigiosamente, que las modulaciones anteriores de los pájaros quedaron borradas y sin ningún valor. El ruiseñor era feo y contrahecho.

Parecía increíble que los cantos de aquellos pájaros maestros pudieran ser superados de tan suprema, manera.

Esto me recuerda, lector, un caso extraño, absurdo, milagroso, que leí en Las meditaciones sobre la muerte, de San Agustín, y en la Medicina legal, del doctor Mata.

Verás.

Cuentan estos dos sabios varones que en la descomposición cadavérica llega un momento en que las misteriosas combinaciones de la materia humana en el sepulcro producen evaporaciones de esencia tan fina, que los productos de perfumería más fabulosamente caros de Egipto y la India darían a su lado sensaciones inaguantables de vulgaridad.

Una que encierra el cuerpo en lugares misteriosos y sagrados se rompe, sin duda, y deja evaporar ese extraño y sublime olor.

Es raro. Y es bello. Puede ser un consuelo para los grandes enamorados...

Barbarroja prosiguió su camino.

Allá, bajo las nubes cárdenas, vió un castillo misterioso y oculto, por cuyas ventanas salían amarillos resplandores.

Se acercó. Ante el portón solemne, con clavos como manzanas, se detuvo. Descubriendo su melena roja, que tantas veces en medio de terribles tempestades había sido sacudida por el viento y el mar; descubriéndose humildemente, dijo:

Ave María Purísima.!

Un criado gigantesco salió al umbral y le dió una limosna.

Reza por el alma de mi ama, peregrino le dijo.

¿Quién es tu ama?

La dueña de este castillo, que ayer, repentinamente, murió.

¿Cómo se llamaba la noble sierva de Dios?

Julia Colonna.

El peregrino dió un salto de sorpresa.

¿Qué dices:exclamó. ¿Julia Colonna? No es posible. Déjame verla.

El criado le puso una mano ante el pecho al caminante:

Detente. Nadie puede pasar.

Yo si pasaré.

No pasarás. ¿Qué te ocurre, peregrino?

El caminante dejó caer la capa que le cubría, tiró el sombrero de Flandes y sin recatar la fiera de su frente y de sus ojos, miró al criado como a los piratas de sus galeras.

Pasaré dijo.

No pasarás.

¿Tú sabes quién soy yo? Fíjate en mi nombre, que te hará estremecer. Me llamo Karadin Barbarroja.

El criado escapó hacia el interior del castillo.

Barbarroja avanzó por los sombríos corredores.

Un nuevo obstáculo se cruzó en su camino.

De repente, un perro enorme, gris, un dogo del Ulm, se lanzó fieramente sobre el pirata.

No hubo casi tiempo de nada. Barbarroja, sin perder la serenidad, sacó rápidamente su cuchillo de hoja finamente cincelada... pero el can, antes de que levantara el brazo, había hecho carne en él... Los dos, luchando como fieras, cayeron al suelo en montón informe. El perro gruñía rabioso. El pirata, también. La lucha tenía alternativas. El perro, un momento mantuvo las patas delanteras sobre el pecho de su enemigo; pero afianzada, sin duda, su garganta en las manos de Barbarroja, dió una vuelta completa de campana, y cayó de lomo contra el suelo.

El pirata, se dejó caer a plomo sobre él, sin soltarte la garganta. Apretó. Aulló el perro, y dió con todo el cuerpo dos sacudidas de ahorcado. Barbarroja, con los ojos fuera de las órbitas, de pura rabia, sacudió sordamente al animal é hizo casi una genuflexión completa sobre su cuello.

Un aullido apando, áspero, de impotencia, y dolor; un aullido agónico salió del grupo. Una espuma de jaspe cubrió las fauces inútilmente armadas del dogo. El animal tendió sus patas como flejes de acero, como ballestas, y por su piel pasó un estremecimiento como una caricia. Dejó caer su cabeza sin fuerzas, su cuello lacio. La pupila se distendió, muerta, como una piedra blanquecina.

Barbarroja soltó al dogo vencido, muerto, mirándose las manos sangrientas... Luego se volvió a aproximar, contemplando con asombro la longitud y el aspecto fortísimo del dogo. Después se contempló de nuevo las manos... Unas manos inmensas, estatuarias, como las del hércules Famesio, dignas de Miguel Angel; unas manos que, antes o después de una victoria como la que acababa de obtener, producían escalofríos.

El pirata pensó, mientras se limpiaba la sangre del animal. Era fuerte como un lobo. Tuve que volverme loco un momento para matarlo.

Prosiguió arrogante su camino.

Llegó a la estancia mortuoria.

El cadáver de Julia Colomna, aquella mujer imponderablemente hermosa, de belleza georgiana, delicada y altiva como una princesa, que tenía un encanto de misterio en sus ojeras, y en sus ojos que asustaba; el cadáver de Julia Colomna, cárdeno y descompuesto, despedía un hedor insoportable.

El pirata se acercó al féretro, y al ver aquella cara hinchada y deforme sufrió un acceso de cólera y derribó de un manotazo uno de los candelabros funerales.

La tea de resina cayó sobre el cadáver. Comenzaron a arder los paños de Siena y de Florencia que pendían del ataúd.

Las gentes del velatorio huyeran horrorizadas.

Karadin Barbarroja contemplaba impávido aquella cara monstruosa. Una llamarada como una rosa enorme acarició aquellas mejillas inflamadas. La cabeza del cadáver quedó convertida en una llaga.

El pirata huyó de aquella capilla ardiente.

Por los campos empezaron a sonar unas campanadas de rebato.

¿Por qué tocan las campanas? se preguntaba a campo traviesa Barbarroja.

No era toque de muerto. Era el toque de alarma. Por la inmensidad azul volaban las campanadas como bandos de palomas.

Barbarroja se alejaba buscando la orilla del mar.

No le engañaba el corazón. Los habitantes de los alrededores de Mola di Gaeta, de Fondi, de Capua, se avisaban de campanario en campanario la llegada del pirata y se conjuraban para perseguirlo y ahorcarlo.

Al corsario no le espantaba la muerte. Pero no quería dejarse aprisionar.

Andaba sin descanso hacia donde cantaba la sinfonía del mar Tirreno.

Por la rampa de unas oquedades ganó las ondas y se arrojó a nado. Llegó a su galera turca. La quilla partía la cresta de las olas con rumbo al Bósforo. Barbarroja, desde el puente de la galera, oía los toques de rebato que llegaban de la playa.

Barbarroja se reía.

Por lo menos aquella vez estaba a salvo la vida del gran pirata de Argel.

V

Constantinopla. En el Palacio del Sultán.

Barbarroja llegó a Constantinopla. Selim I, un viejo muy viejo, que parecía la crónica viviente de más de un siglo, con el cuerpo acorvado y débil, gran melena blanca, nevada barba de fauno y los ojos aguanosos y encendidos... un hombre milenarista y decorativo en su extraña fealdad, que recordaba el viejo del anuncio, hecho en los grandes talleres alemanes, de un específico vegetal para alargar la vida. Selim I creyó que el famoso pirata, a quien él había hecho almirante de sus escuadras, había cogido un botín espléndido en su última victoria sobre Andrés Doria. Y Selim sospechaba que el almirante no repartía las ganancias. El sultán, malo, traidor e interesado, como buen turco, llamó un día a su cámara al corsario.

¿Cuánto dinero me debes de tus últimas victorias?

No os entiendo, señor contestó el pirata.

Digo que dónde bienes oculto el botín cuya mitad me pertenece.

Barbarroja, incapaz de someter los impulsos de su bárbaro temperamento, dió un paso hacia el monarca.

Para mí no significa nada tu trono ni tu ejército. No temo a nadie ni a nada. Y el pirata, con su mano invencible, abofeteó al sultán.

Dos palaciegos turcos sacaron sus alfanjes. El corsario pegó las espaldas a una columna de pórvido y presentó su puñal de acero curvo dispuesto a matar para morir.

Uno de los palaciegos, un guerrero templado, avanzó sobre Karadin y le partió la frente de un sablazo. El pirata tendió el brazo derecho, y de una puñalada derribó al enemigo a sus pies.

A éste ya le he partido el corazón. Ahora, ven tú, valiente.

Hubo un momento terrible de ansiedad. El palaciego sudaba entre su miedo al corsario y el efecto que en él hacía la presencia del sultán.

Barbarroja puso fin a las dudas del leal palaciego tirándole el puñal a la ballesta y clavándose en la garganta.

Inmediatamente saltó sobre los dos cadáveres, se apoderó de ambas cimitarras y sin mirar siquiera al sultán, salió despacio de la estancia.

Un hilo de sangre le caía de la frente, le cruzaba el rostro y se perdía entre las barbas.

Iba brutal e imponente el pirata Barbarroja.

En el muelle de Chipre.El pirata.

¿Qué has hecho, Karadin? ¿Reñiste con el Sultán de Turquía, con cuyo auxilio llegarías a ser el amo del mundo? Por centésima vez tiraste la fortuna por la borda de tu navío.

El pirata se reía. El que le hablaba era el segundo jefe de sus galeras.

Iban los dos sentados sobre cubierta en la famosa nave capitana llamada «La Tunecina». El barco, con todas sus velas desplegadas, cruzaba en aquel momento a la vista de Chipre. Barbarroja, desperezándose bajo la seda pesada deslumbrante de sus vestiduras, dijo señalando la isla del Mediterráneo:

Quiero beber el zumo de las viñas de Chipre.

Con su traje de seda morada, llevando a los costados las ricas pistoleras de Damasco, con su birrete áureo que hacía en el frontal la legendaria calavera bordada en plata, Karadin y su ayudante pisaron el muelle de Chipre.

La gente los miraba.

Federico Barbarroja era hermoso, iba hermoso, al menos con su barba aborascada y un mechón de pelo rubio cayéndole sobre los ojos.

Cruzándole el pecho, en bandolera, llevaba una faja de oro, de la que pendía un puñal desnudo, digno de un soberano.

Las gentes del muelle se apartaban a su paso.

¿Quién es? se preguntaban. ¿Será acaso un monarca?

No se engañaban. Era el rey del mar, el gran pirata.

Vino de Chipre, como el oro, servido en conchas nacaradas más blancas que alabastro. Allí, a la vista del mar, frente al sol que nacía, el pirata acercaba los labios a una concha enorme llena de oro líquido, y no los apartaba hasta que se le hinchaban brutalmente las venas del cuello y de las sienes.

Entonces, con la boca abierta y las narices ensanchadas, girando los ojos estriados de sangre, parecía un león medio asfixiado que por fin respiraba.

El segundo jefe de los piratas miraba con inquietud a su caudillo, y le decía:

Ten juicio, Barbarroja. Estamos solos en el muelle, y si te emborrachases es posible que esta gente de mar te clavasen un puñal en la garganta.

¡Ah! ¿Y tú no me defenderías? preguntaba con sorna el pirata.

Yo por ti me juego todo lo que tengo, que es la vida. Pero, ¿de qué me serviría jugármela sólo por rescatar tu cadáver?

Barbarroja tiró de un manotazo las conchas riquísimas de nácar llenas del vino dorado y gritó con su fiereza legendaria:

¿Mi cadáver? ¿Quién es capaz? De todos esos marineros que cruzan por delante de nosotros, ¿quién soportaría mi mirada? ¿Hará falta que les diga quién soy?

No. ¡Si ya lo saben! Ahí está el peligro sin duda. En Chipre, hay mozos valientes, ladrones escapados y algún bravo pirata que figúrate la importancia que adquiriría su puñal si te matasen.

Barbarroja, sin contestar, pidió más vino y bebió como un león que abrevasa.

De manera que aquí la temeridad está en emborracharse. ¡Pues me emborracho! Las gentes del muelle, piratillas de Chipre o Alejandría ¿qué me importan?

Dándose golpes resonantes en el pecho con la mano abierta, el pirata repetía:

¿Qué me importan? Soy Karadin, el hermano de Arug, el aliado de la Muerte, el enemigo de Dios si hace falta.

El pirata estaba ya un poco borracho. Se levantó tambaleándose. Deteniéndose a dos metros de un gigante cargador del muelle que pasaba, le gritó:

Tú, monstruo; te regalo mi fortuna, mis naves, si te atreves a tirarme de las barbas. Anda, atrévete.

El gigante permaneció sin moverse.

Karadin, levantando su mano ensortijada y agarrándose las barbas, dijo:

Mira. No es difícil tirar. Mira; haz como yo.

Dió un tirón brutal y se arrancó unas hebras de oro.

El gigante, sugestionado, levantó un brazo para imitar al pirata. Casi llegó con la mano a las barbas.

Karadin saltó con sus dos manos sobre la muñeca del gigante; la agarrotó como un trinquete, y apretó de tal modo, que el gigante, palideciendo, cayó arrodillado.

El pirata soltó aquel brazo inerte, y regalándole al vencido una moneda muy grande, le dijo:

Tómala. Es de oro, como mis barbas.

Seguido de su lugarteniente, continuó su camino vacilante.

Se reía.

Al llegar al muelle, vieron sobre la escalinata una mujer de figura estatuaria componiendo unas redes. Era rubia. Su peinado era una rodela enorme de la trenza amarilla sobre la nuca.

El cuello, los brazos, la garganta: sobre la piel de nieve el sol y la brisa del mar Mediterráneo habían tejido un velo color de ámbar.

Bajo la falda de colores asomaban los pies, que eran dos milagros de alegría y de gracia.

La bella chipriota componía las redes abstraída con esa fe angustiada de todas las pescadoras.

Barbarroja se acercó a contemplarla; y al verla tan delicada y tan hermosa, recordó las cariátides de los templos gentiles y las vaporosas esclavas de Selim... Ella levantó los ojos, y al ver ante sí la corpulenta figura del pirata, armónica y ágil como la de un discóbolo, se aventuró a preguntarle:

¿Qué buscáis?

Era tan cándida su mirada y su voz tan noble, tal su ademán y su belleza, que los aventureros dudaron antes de engañarla. Somos ladrones escapados, errantes sintió impulsos de gritarle el pirata.

Somos juglares, narradores de historias y acróbatas ambulantes.

La bella chipriota, vivamente intrigada, creyéndolos poetas volvió a insistir:

¿Habréis recorrido mucho mundo?

Hasta las tierras más lejanas. En un solo día recorrimos la ruta de Moscou a Tobolsk a la sombra de la línea de abedules más extensa de la tierra.

¿Entonces sois andarines a los que no habrá vencido nadie?

Nadie, señora. Jamás.

La bella chipriota sonrió ante la impudicia del auto-elogio.

¿Y habéis visto cosas extrañas y bellas en Rusia?

Sus mujeres, señora respondió el pirata.

Barbarroja halló en Rusia una raza de mujeres cuya belleza y semejanza a otras mujeres de España le dejó asombrado. A orillas del Báltico descubrió a unas mujeres morenas, de ojos terribles, ojeras pasionales y pelo negro y brillante, que trajo a su memoria a las mujeres de España. El pirata llegó a convencerse de que sería muy fácil confundir a una rusa del Báltico con una española nacida a orillas del Guadalquivir. La misma belleza, morena y trágica, une a esas mujeres por encima de las llanuras, ríos y montañas que las separan... Y es que en el mundo no hay más que dos razas: la raza de bronce y la raza de la manteca. La primera es salvaje, la raza de la muerte; a ella pertenecen los árabes, los moros, los beduinos guerreros, los españoles que luchan con los toros, los indios de América, el abisinio, los nómadas con sus rebaños, todos esos hombres, que llevan latente una fuerza

salvaje que poco a poco se va desenvolviendo y que cimentará sobre ellos el mundo del porvenir.

La raza retrasada, interior, agotada, es la que forma, los cimientos de Europa la vieja. De este continente agrietado, que tuvo su hora, quién lo duda, pero que en ella se gastó, sólo se salvan los bárbaros de Albania. Dalmacia, alguna parte de Hungría, Servia, Andalucía, dos o tres pueblos de Valencia, una docena de marineros de Marsella y algunos, pocos, más que en medio de la civilización podrida que les rodea, viven en pleno salvajismo interior, un poco asombrados da toda esa farándula que pretende darles un papel en la comedia actual y que ellos no se toman el trabajo de rechazar; lo que hacen es no aprenderlo.

De todos los parajes de la tierra que habéis recorrido, ¿cuáles son los que recordáis con más fuerza?

Todos respondió el pirata. Pero la India no se borrará jamás de la imaginación.

La bella chipriota entornó los ojos como si soñara.

Extranjero. Habladme de la India. De esos radjhás de cuentos de hadas que regaban puñados de esmeraldas mezcladas con hojas de cactus y áloe... Yo he visto arrastradas sus góndolas charoladas por caballos nubios y abisinios... ¡Habladme, habladme de la India!

Imposible. La India es el enigma, lo desconocido, el «más allá». El viajero sólo penetra en las bellezas que ven sus ojos: Madrás, Calcuta, Bombay; las montañas del Nepal; la ciudad Blanca y la ciudad Negra; Bengala; los palacios donde estuvieran encerrados, en Dellú, los montones más altos de piedras preciosas del mundo; las doscientas esmeraldas iguales, ovaladas y oscuras de tamaño de huevos de paloma que constelan el escudo de oro del maharadjá de Benares... La riqueza de la India es incalculable. Un hombre, un radjhá, posee vastísimos territorios, en los cuales nacen, se forman, crecen esmeraldas y brillantes. Es el cielo invertido. Las constelaciones estelares son imitadas en el cielo indio por los brillantes, las esmeraldas, los berilos, los crosopáceos, los rubíes orientales, los amatistas y por centenares de gemas que brillan como los astros...

La bella chipriota escuchaba encantada a Barbarroja.

En aquellos países la riqueza es talañadía el pirata, que un par de caballos de Samarcanda lo vende el servidor de un radjhá por un saco de esmeraldas; luego, con las esmeraldas compra una venus viva de bronce humano, y cambia en seguida la venus por un alfanje de cuero con adornos de latón dorado.

Animada por la elocuencia del pirata, pasó ante la dama la visión de los grandes mares.

¿Son todos lo mismo? preguntó.

¡Oh, no! El mar es la vida respondió el aventurero.

El mar del Norte, con sus extensos témpanos de hielo, arrastrados por la corriente como bajeles; el mar Blanco, cubierto por los hielos del Polo; el mar sólido las llanuras de agua endurecida, sobre la que demostraron bravura tantos exploradores; el inmenso telón de sedas y espumas del Mediterráneo, las aguas doradas, como un ópalo perdido en las arenas de una playa del Sanssilito, y el espejo del canal grande de Venecia, a la entrada del puente de los Suspiros, Alejandría, Chipre, al fondo Siria, Damasco, Jerusalem, Arabia, forma una orgía de luces y colores que enloquece.

¿Habéis estado en España?... ¿Es tan hermosa como dicen?

España es muy hermosa, señora.

Y de España, ¿cuál es lo más hermoso?

Andalucía. Y de Andalucía, Córdoba. Y de Córdoba, sus mujeres.

¿Cómo es Córdoba? Hable, hable.

Córdoba es una ciudad mora. ¿Veis esa serenidad que hay en el cielo de Roma? Pues bajo un pedazo de azul igual a éste descansa Córdoba. Edificios como éstos, viejos y tristes; plazas como ésta, viejas y tristes; calles como éstas, soleadas y silenciosas; canciones como las de aquí, lejanas y melancólicas; mujeres como las de Roma, llenas de majestad y armonía. No sé por qué misterios del ideal, Roma y Córdoba me parecen hermanas. La ciudad que más quiero de Europa es Roma, y la ciudad que más amo de España es Córdoba. Me parece que las gentes que nacen en cualquiera de esas dos ciudades tristes tienen mucho adelantado para ser grandes. Quisiera ser amado por una italiana de Roma o por una española de Córdoba.

La linda chipriota escuchaba encantada a Barbarroja.

El pirata, después de una pausa prosiguió:

¡Córdoba, la sultana; Roma la eterna; Pisa, la muerta! Desde Santa Cruz de Mudela hacia allá, hacia la luz, hacia el Mediodía, el cielo de España centellea. Esa bóveda de cristal azul, bajo la cual duerme Monte Cario, el cielo de Niza, el dosel estrellado con ráfagas intensas de esmeralda de las islas Canarias, la seda azul que brilla como un airón de gloria sobre Sevilla, el cielo malagueño, el mar Mediterráneo, todos los cielos, los lagos y los mares de la tierra tienen un rival poderoso en hermosura en el cielo andaluz.

El cordobés de pura sangre, que pasa horas y horas en silencio, guarda para el cielo de su tierra un amor tan recogido como el que siente el árabe africano por su cielo del desierto. Córdoba es un cielo moro. Y esos cordobeses nobles, enjutos y bronceados, son moros también. Y esas cordobesas incomparablemente hermosas, que tienen los ojos tan negros como el pelo, y el pelo tan negro como la noche, son moras de noble raza, moras de la misma Morería.

La bella pescadora oía con el embeleso de una música la palabra del pirata.

Sería difícil exclamó de nuevo Barbarroja hallar en el ámbito de las tierras conocidas mujer de raza más aristocrática que la mujer de Córdoba. Son de proporciones bellas; serias, un poco tristes; tienen movimientos lánguidos de pantera, y en el fulgor sereno de sus ojos, en su mirada franca y tranquila, se ve a la mujer de raza capaz de la fidelidad y del cariño hasta la tragedia...

Tiene una razón de linaje la tristeza de las nobles mujeres cordobesas. Cuando las árabes partieron de Córdoba para siempre dejaron a las bellas cordobesas olvidadas. Luego, en tierras granadinas, los hombres valerosos de la chilaba y el turbante echaron de ver su olvido y tuvieron por ello arrebatos de cólera más terribles que tempestades. En la vega de Granada blandían rabiosos sus alfanjes; sus corceles de guerra piafaban como en una batalla mora. Pero el Destino no consintió jamás que las moras rezagadas de Córdoba fueran a unirse con los hombres vencidos de su raza.

La historia terminó diciendo el pirata no recuerda ninguna victoria que haya dejado botín más rico al vencedor. Por esto son serias las mujeres de Córdoba. En su tristeza ancestral palpita el recuerdo de los varones que, a pesar de haber sido vencidos fatalmente en España, fueron y serán siempre tan bravos para amar como para morir. Y por esto siguen siendo moras las mujeres de Córdoba.

La pescadora escuchaba sin pestañear.

Esta animada conversación del pirata y la chipriota quedó cortada un momento por la dulce sonata que arrancaba a su caracola un pescador tendido a los pies de la bella marinera.

Karadin, recordando la trova de los pájaros, calló un momento. La pescadora, encantada, enmudeció también. El marinero, que abstraído en su sonata no había hasta aquel instante advertido la presencia de Barbarroja, suspendió la plegaria de su enorme caracola.

Los dos hombres se miraron un instante. Rompió el silencio Barbarroja.

¿Qué hacéis? preguntó el pirata sonriendo.

Ya lo veis; trabajamos.

Tú trabajas en tu red, ya lo veo; pero ese, ¿también está trabajando? ¿Qué hace?

No hago nada.

¿Es tu oficio, acaso?

El pescador se levantó del suelo muy despacio. Se puso en pie. Era arrogante. Separando los salvajes rizos brunos que le caían sobre los ojos, preguntó con impertinencia al desconocido:

Tu oficio, ¿cuál es? ¿Navegante? ¿Y qué me importa eso? Yo soy más que tú.

¿Qué eres entonces? ¿Capitán de galera, Almirante ó Archipámpano?

Soy más que todo eso junto, contigo encima.

¿Qué dices? exclamó Barbarroja avanzando un paso. Fíjate que llevo un puñal sobre el pecho.

Y yo otro a la cintura.

El lugarteniente de Karadin se interpuso.

Esta hoja es invenciblegritó el pirata.

El otro contestó:

Invencible hasta hoy. Mañana, quien sabe.

Pero, ¿quién eres tú al fin? Habla.

Soy un poeta; el poeta de Chipre. ¿Te parece poco todavía?

El pirata, haciendo un gesto de desprecio, contestó:

¡Bah! Me parece nada.

El poeta, guardando su puñal y sonriendo, contestó:

Siéntate, navegante. Voy a demostrarte que soy alguien.

La mujer amontonó las redes. Todos se sentaron sobre ellas a la turca.

El pirata y el poeta estuvieron un rato contemplándose.

Yo te conozca a ti. Te he visto y no sé dondedijo el poeta. Tu cara no es vulgar ni tu figura. Sin embargo, no acabo de reconocerte.

¿Tú estás seguro de haberme visto en alguna parte?

Seguro.

¿Me habrás visto en Rodas, en Nápoles o en los mares de España?

No. No es fácil.

Me habrás visto en la revista naval de Constantinopla, hace dos años.

Tampoco.

Entonces... ¿Tú eres marinero?

Lo he sido.

¿Italiano?

Español. He servido doce años en la galera del barón de Comares.

¿En qué batallas estuviste?

En todas.

El pirata se levantó, y el marinero de Chipre hizo otro tanto.

Se contemplaron de hito en hito.

Te he visto, y ya sé dondedijo el marinero muy despacio. Te he visto en la batalla de Tremecén, que la ganó mi jefe el de Comares. Tú ibas mandando la segunda capitana de la escuadra turca.

¿Pero no sabes como me llamo?

Tú te llamas Federico Barbarroja, el pirata.

El mismo.

Tú y yo tenemos una cuenta que saldar y hemos de arreglarla esta noche.

Las pupilas de Barbarroja cambiaron de color. Avanzó un paso y le dió una bofetada horrenda al marinero. Este, con rapidez felina, extendió el brazo y dejó prendido su puñal en la mano de Barbarroja.

El pirata se arrancó la espina de acero. Un chorro de sangre, como una llama, quedó estampado sobre la seda de las vestiduras.

El marinero, de un salto, cayó sobre el pecho de Barbarroja. Hubo una lucha sorda de tremendos bamboleos. Los dos héroes, seguros de su corazón y su fuerza, peleaban en un palmo de terreno. El marinero se desasíó al fin, llevando en la mano el puñal, digno de un rey, de Barbarroja.

Dió un salto atrás; extendió el brazo con el puñal en ristre; adoptó una guardia baja dispuesto a valerse de aquel acero corto como de una espada. Teniendo a su espalda el mar, exclamó el marino:

¿No decías que, tu puñal era invencible? Pues aquí está: tengo en mi mano la victoria.

Barbarroja, como buen luchador, sabía sacar partido de una espera. Se quitó el turbante de un manotazo. En medio del corro de curiosos, que fué, poco a poco, ensanchándose, el pirata de Argel le dijo a su enemigo:

Tú tienes un arma y yo no. Pero no importa. Antes de ahorcarte esta noche, quisiera saber el origen de tu odio.

No es odio. Es... rabia. Me ofende que siendo yo tan valiente como tú, y adorando el peligro más que tú, si es posible, no tenga las riquezas que tú tienes.

El pirata rió con estruendo.

¡Ja, ja! Tú buscas fama y riqueza. Para eso... ahí está el mar que se rinde al más valiente. Pero no eres tú ese a cuyo nombre la misma tempestad contiene el arrebató de sus corceles en el viento. Tú eres... ¡un marinero de España que lloró bajo el látigo del barón de Comares! Tú eres un cobarde que peleas con puñal contra quien no lo tiene.

En aquel instante, un puñal cruzó el aire y vino a caer a los pies del pirata. Este se inclinó para recogerlo. El marinero tiró el suyo a la ballesta para hundírselo en el pecho a Barbarroja. El acero se embotó en el capuchón de seda, y el pirata se levantó con los dos puñales en las manos.

Pirata, buen pirata, se lanzó contra su enemigo para deshacerlo.

El segundo capitán de Barbarroja, que fué quien había tirado el puñal a los pies de su jefe, avanzó hacia el paredón del muelle, y, metiendo dos dedos en la boca, soltó dos silbidos de sirena.

El marinero de Chipre, al verse acorralado por los puñales del pirata, se lanzó al mar.

De la galera turca de la nave capitana, se destacó una barca que hendía las olas como un cuchillo, impulsada por veinte remeros medio desnudos.

Acudían al conjuro de los dos silbidos del pirata.

El famoso corsario, erguido sobre el paredón, flotante su túnica de fantasma, gritaba con el ímpetu soberbio de los antiguos déspotas asiáticos:

¡Apresad a ese hombre! Si se escapa os mando ahorcar a todos.

De la barca cayeron al mar diez corsarios como diez piedras.

El marinero de Chipre, al verse perseguido con tal saña, dio un par de avances envuelto en la espuma de las olas, y sin que nadie pudiera tocarle ganó la barca. De pie, en medio de los remeros, el marinero levantó los brazos y gritó:

¡Me entrego!

En medio minuto quedó con las manos atadas a la espalda.

La pescadora chipriota, la que componía las redes escuchando el son de la caracola, cuando llegó el pirata, al ver al marinero-poeta apresado en la barca, juntó las manos, y elevando al cielo sus ojos como dos amatistas soleadas, suspiró medio llorando:

¡Santa Trinidad del Monte, sálvalo!

El pirata Barbarroja, que oyó la oración de la pescadora, se volvió a mirarla.

¡Qué hermosa eres, pescadora! ¿Te gusta el marinero? Yo ordenaré a mis hombres que te lleven a la nave capitana para que no te separes de ese pobre diablo que tanto te interesa.

El pirata, sujetando las manos de la pescadora, la besó en el cuello. Ella se debatió con fiereza.

Barbarroja, llamando a sus hombres, ordenó:

Llevala a la nave capitana.

¿Y al marinero?

También. Atado y a distancia.

VII

La bandera negra del pirata, como el ala tronchada de un condor.

Barbarroja gozaba de la noche estrellada sobre la cubierta de la «Tunecina».

Frente a él, atado a un mástil, iba el marinero-poeta.

A su espalda, medio desnuda, con las trenzas de seda sobre los hombros marmóreos, sentada a la turca sobre un tapiz de la India, sollozaba la hermosa pescadora de Chipre.

Allá, al fondo, escondidos tras los rollos de cuerdas, se veían centellear los puñales de los piratas colgados de la cintura. Los corsarios admiraban a su jefe, lo contemplaban escondidos e inmóviles con el fanatismo de fetiches.

Barbarroja, con las manos en las caderas, contemplaba el mar, espectáculo que jamás acaba de ser visto.

El Mediterráneo, «mare nostrum», escudo inmenso de cristal, recibía, como lanzadas, los rayos de la luna y se los devolvía a la alta inmensidad.

¿En qué pensaba Barbarroja? Pensaba en su poder de rey del mar.

¿Quién soy; de dónde vengo? se preguntaba en silencio el capitán. Soy feliz, porque soy fuerte. Soy más fuerte que nadie. Me temen emperadores y sultanes; hago el surco de plata con mi quilla en el mar. Tengo mi imperio movedizo, es cierto. Pero, ¿no es grande llevar en mi bandera el terror, la tempestad. Cruzo los mares con la libertad del viento; no necesito de nadie, porque llevo la fuerza del mundo en el arca roja de mi corazón. Es mío el mar.

Golpeándose el pecho con el puño, repitió el pirata:

Es mío el mar.

Todavía contempló el corsario un largo tiempo la llanura azul.

Unos aletazos tremendos en lo alto le hicieron erguir la cabeza aún más.

Era la bandera negra del corsario con la bordada calavera blanca; era la bandera negra del corsario sacudida por el viento; parecía el ala inmensa y tronchada de un condor.

Barbarroja contempló el pabellón. Bajó la vista al fin y se encontró con el marinero de Chipre atado al pie del mástil.

Se miraron a los ojos.

¿ Qué ?preguntó el corsario.

¿ Qué ? contestó el cautivo.

Tenían la misma insolencia los dos.

Eres bravodijo el pirata.

Tú, nocontestó el marinero.

¿ Por qué ?

Porque me atas. Me atas porque me temes. Tú no eres lo que dicen. Tú no me vencerías a mí: es esta cuerda la que me vence.

Barbarroja, sin querer contestar, le dijo al marinero:

Aquí tienes a tu bella chipriota. Tiene trenzas de seda amarilla. Es muy hermosa. ¿Te gusta a ti?... y a mí.

El marinero, sin querer contestar al pirata, insistió:

Tú eres un cobarde que me teme. Lo grande es que tú asustas a las pobres gantes de mar. Tú y yo sueltos, aquí mismo, peleando, ¡vamos hombre!, con los dientes te iba á buscar el corazón.

Barbarroja palideció de rabia. El pirata sintió la cólera en las sienas. Dió un paso hacia la cautiva. Le gritó:

Desata a ese hombre. ¡Pronto!y, extendiendo un brazo, le ofreció por la cruz un puñal.

La chipriota rompió con el acero las ligaduras del marino. Le entregó el puñal.

Ya estaban sueltos los dos hombres.

Del fondo de la nave, detrás de los rollos de cuerda, salieron los corsarios a apoderarse del marino de Chipre.

Este dió un salto, pero cien manos cayeron sobre él.

Barbarroja, volviendo a colgar su puñal de la cintura, exclamó:

Tenéis razón. ¿ Por qué he de pelear yo con ese hombre... teniendo aquí esta mujer? Ahorcadlo pronto, de la antena roja, debajo del pabellón.

El corsario de Argel se fué hacia la pescadora de Chipra. Cogiéndole la cabeza entre las manos, te dijo:

Dame mi beso, chipriota. Tú, tú; quiero que me beses tú.

El bamboleo de los corsarios y el cautivo hizo volver la cabeza a Barbarroja. Gritó:

Abajo, a la bodega. Encerradlo bien. Mañana, lo ahorcaremos al salir el sol.

VIII

A media noche, el corsario encargado de la requisa de la nave entró en la bodega a visitar al cautivo.

El marinero de Chipre, tirado sobre unas cuerdas, al ver entrar al carcelero se levantó. Este dió un paso atrás, extendiendo la tea, de llama corta y amarillenta, para ver la cara del preso.

No te asustesle dijo éste. No trato de escaparme, ni menos se me ocurre hacerte ningún mal. Yo he sido lo que tú eres: vigía: Tú lo eres de Barbarroja y yo lo fuí del barón de Comares. Igual.

¡Ah!¿Tú has sido marinero?

¡Toma! Y vencí a tu amo en Tremecén.

¿Qué dices ?

Lo que oyes. ¿Quieres ver la cicatriz que tengo en el pecho como recuerdo?

El vigía afirmó.

Mira.dijo el marinero mostrando el pecho.

El vigía metió la cabeza, levantando la tea para ver mejor.

El marinero de Chipre dejó que el corsario, como un toro, se empapase bien.

Metido en su terreno, no tuvo más que levantar las manos y atenazar la garganta del enemigo.

Fué una lucha sorda e ignorada.

El marinero de Chipre mató al pirata. Y salió.

Subió por la escalera estrecha y bamboleante. Llegó a la claraboya del rasne y apalancando con sus brazos de hierro, la abrió.

Entró el agua como una masa. Saltaron las puertas hechas astillas. Estallaron las cuerdas tirantes; se troncharon los mástiles como bejucos.

La galera «Tunecina» entró en la agonía. El primer torrente medio la hundió.

Los corsarios se arrojaron al agua para salvarse.

De allá, frente al mascarón, se lanzó a las olas un corsario medio desnudo, que sólo conservaba puesto y amarrado a la cintura un medio capuchón de seda escarlata, que relucía bajo la luna.

Detrás de aquel corsario se lanzó el marinero chipriota.

Navegaban como dos fantasmas.

Con la autoridad del jefe preguntó el corsario:

¿Quién me sigue?

Yo.

¿Quién eres?

El del muelle de Chipre, aquel poeta que acaba de hundir la galera en la que eras el monarca tú.

El corsario Barbarroja siguió nadando y calló.

¿Vas sin armas?preguntó el de Chipre.

Barbarroja callaba con obstinación.

Yo llevo aquí un puñalcontinuó el marinero, que sirve, como un rayo, para partir un corazón.

Barbarroja habló al fin.

Pues, anda, acaba. Aquí está el pecho del pirata Karadin.

Nodijo el marinero. Antes de matarte quiero que veas que nado mejor que tú.

Barbarroja nadaba, hacia las costas de Chipre con la fuerza de la desesperación.

El marinero, con el puñal en los dientes, nadaba detrás con suavidad y el impulso de un tritón.

Nadaron en silencio, hasta que el marinero, interponiéndose entre la costa y el corsario, le gritó:

Basta, Karadin. Silba tu pecho de fatiga. Ya no puedes más. Yo soy más fuerte que tú. Mira. Para demostrarte mi resistencia voy a ofrecerte un espectáculo que tú no has visto jamás.

El chipriota hundió el pecho en el agua, levantó las piernas y se sostuvo en ese equilibrio milagroso que entre los nadadores del Tigris y el mar Muerto se llama «la bandera mortal».

Barbarroja, hombre hercúleo y feroz, fanático de la fuerza, se quedó inmóvil sobre las olas contemplando al marinero con muda admiración.

El marinero se mantuvo en equilibrio brutal.

¿Qué te parece?preguntó.

Enorme.

Pues para que sea lo último grande que veas en el mundo, ¡toma!

Y de una puñalada como una centena, lo mató.

DIGITALIZADO POR LA VOLUNTARIA ERIS GARCIA POSTIGO (MELILLA -
ESPAÑA)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

